

Ki con la brillante victoria de Grau, alcanzada sobre los musulmanes.

El emperador de Austria continuó obrando ingratamente con aquel que había salvado su trono, dejando carecer de todo al ejército polaco, al que diezmaron la miseria y los malos acantonamientos, mas que las espadas enemigas. Restituyese Sobieski á sus estados con el corazón traspasado de dolor, pero el pensamiento que le preocupaba constantemente de hacer la corona hereditaria en su familia, le hizo cerrar los ojos sobre la conducta odiosa del Austria y proseguir en una línea política opuesta á los verdaderos intereses de la nación.

TRATADO CON LA MOSCOVIA.

Estos mismos cálculos de familia arrastraron á Sobieski á firmar una de las actas mas onerosas para el estado. Si el desgraciado Juan Casimiro, teniendo que luchar contra una liga poderosa, y despues de haber probado la suerte de las armas, tuvo que firmar el humillante, pero transitorio pacto de Andruszow, no por eso Sobieski hubiera debido plegar ante la Moscovia en la mas hermosa época de su gloria y poder, convirtiendo aquella tregua en un tratado perpetuo.

Por este tratado firmado en Moscou el 6 de mayo de 1686, cedió Sobieski á perpetuidad á la Moscovia Esmolensco, Czerniechow, Siewierz, Kiiow, y renunció al título de soberano de estas provincias. También hizo pasar bajo el dominio de los czares á los Cosacos zaporogos de la orilla izquierda del Dnieper, y obtuvo en cambio de esta concesion un vergonzoso salario de doscientos mil rublos (tres millones de reales) que nunca fué pagado, y el reconocimiento de la alianza austro-polaca contra la Turquía.

Los estados rehusaron sancionar una acta tan ignominiosa, y Grzymultowski, que la negoció, estuvo á punto de ser asesinado por los Polacos exasperados. Este tratado, como se verá mas adelante, solo obtuvo la aprobacion de los estados en la dieta de 1764, que ya no obraba

sino bajo la influencia extranjera.

CONSECUENCIAS DE LA INFLUENCIA AUSTRIACA.

1686-1695.

El Austria que empeñaba continuamente á Sobieski en nuevas guerras contra los Turcos, prometiéndoles asegurar para los suyos la posesion de la Moldavia, dejó de enviar subsidios y refuerzos, y el rey, internado en la Bukowina, se vió circunvalado por numerosas fuerzas enemigas. Efectuó sin embargo, á duras penas, aquella retirada tan memorable, comparada con razon con la inmortal retirada de los diez mil, y celebrada en un poema épico nacional. La campaña siguiente fué todavía mas adversa, y Sobieski se restituyó á Polonia con un ejército desalentado y débil, despues de haber perdido toda su artillería.

Estas faltas repetidas, malquistaron al rey con la nación y el descontento jeneral estalló en las dietas, cuya exasperacion iba cada vez mas en aumento. La reina, adicta al Austria, irritaba tambien los ánimos con sus ambiciosas intrigas. La dieta de 1689 manifestó sobre todo cuánto desaprobaba el pais la línea de conducta que se seguía. A consecuencia de las intrigas del gabinete de Viena, la heredera de los Radziwill que, segun los proyectos de Sobieski, debía ser esposa del príncipe heredero, despues de la muerte del margrave de Brandeburgo, su primer marido, se casó secretamente con el duque de Neuburgo, dando con esta union motivo á pretensiones sobre las inmensas propiedades de la familia Radziwill. La dieta fué llamada para fallar; y en su seno se dirijieron al rey las mas graves quejas. Acusóse al gabinete de la reina deser la tumba de las leyes y el mercado donde se vendian los favores: Sapieha se atrevió á decir que *el vencedor de los Turcos era el esclavo de su mujer*; y el obispo de Culm exclamó en pleno senado, en presencia de Sobieski: *¡O cesad de reinar ó reina con arreglo á las leyes!* esta dieta fué disuelta.

Sobieski debía experimentar todavía nuevos disgustos en sus relaciones particulares con una potencia desleal. Casó el duque de Baviera con una archiduquesa, prometida al príncipe Jaime, á falta de la margrave de Brandeburgo. Parecia muy regular que todos aquellos engaños tan repetidos hubieran debido abrir los ojos al monarca polaco. Pero no sucedió así, y el Austria, gracias al fiel apoyo que encontraba en la ajada vanidad de María Casimira, consiguió introducir una tercera expedicion en Moldavia, terreno predilecto de los Sobieski. El embajador francés, marqués de Bethune, ensayó inútilmente hacer desistir de aquel proyecto, recordando la esperiencia de lo pasado; la lucha diplomática dejeneró en personalidades, y aun pasó mas adelante, pues que motivó un desafío entre los dos embajadores. Luis XIV llamó entonces á su ministro quedando el campo libre al Austria.

Aquella nueva campaña (1691), en la que el emperador se abstuvo, como siempre, de enviar los socorros convenidos, fué de las mas desastrosas. Pereció el ejército casi sin batirse; y aquella desgracia dió lugar á que los Tártaros inundasen el pais ruso, y que señalasen por la tercera vez su presencia hasta en el centro del pais, que hallaron sin defensores, degollando é incendiando cuanto encontraban. No se vió libre la Polonia hasta el año 1695, y los desgraciados habitantes tuvieron que llorar por espacio de cuatro años los errores de su rey. *Quidquid delirant regem plectuntur Achivi.*

MUERTE DE SOBIESKI.

1696. Fué preciso al fin que renunciase Sobieski á sus quiméricas esperanzas, pero fué cuando el reino estaba cubierto de ruinas y cuando su edad, á la que se agregaba una obesidad pronunciada, le imposibilitaban continuar una guerra tan impoliticamente empezada. Entonces fué cuando se apoderó del corazón del rey una grande melancolía; y una equivocacion de su médico, el

judío Jonás, aceleró su muerte. Murió á la edad de setenta y dos años en el sitio predilecto que se había hecho edificar en Willanow, cerca de Varsovia. Es digno de atencion que, por una coincidencia muy estraña, el dia que murió (dia del Corpus) había sido casualmente el de su nacimiento y el de su eleccion.

La presencia de Sobieski era majestuosa é inspiraba á primera vista respeto y cariño. Como Vespasiano, su mérito militar le facilitó el camino del trono, y como Vespasiano tambien manifestó poca templanza en la comida, lo que no parecia bien en un personaje colocado en tan alto puesto. A pesar de eso, intrépido en los combates, sabio y prudente en el consejo, sencillo en su trato y modales, Sobieski hubiera recorrido con honor y ventajas todo el tiempo de su reinado si hubiese seguido sus propias inspiraciones; pero desgraciadamente su condescendencia por una esposa orgullosa y vengativa eclipsó ciertas épocas de su reinado, por algunas faltas de gravedad que le hizo cometer. Profesaba las artes y las ciencias, tenia disposicion para comprender cualquiera cosa, por grande que fuese; Sobieski trabajó mucho por la gloria del nombre polaco, pero no hizo nada ventajoso para el pais, á causa de su fatal debilidad. Dió una nueva prueba, entre otras muchas, que era mas fácil en Polonia ser un gran capitán que un gran monarca. El nombre de Sobieski, inscrito en las páginas mas bellas de los fastos de la historia, recordará siempre el heroísmo de la Polonia y la ingratitude del Austria.

AUGUSTO II.

1697-1733.

La opinion que formó la nación de Sobieski despues de su muerte, probó hasta qué punto habia enajenado el afecto de sus súbditos la falsa política seguida por el difunto rey. Al descontento del pueblo uniéronse las disensiones de la familia real; y en medio de los trasportes de cólera, María Casimira, indigna-

da contra su nuera, esposa del difunto rey, fué la primera que escitó públicamente á los Polacos á que no elijiesen por su rey á ninguno de los hijos del difunto monarca, y sobre todo al príncipe Jaime. El decreto que dieron los estados escluyéndolos de toda candidatura nacional, hizo ver cuán poco dignos del trono juzgaban á los indijenas.

No quedaron ya entónces en primera línea sino dos competidores, el príncipe de Conti, sostenido por el primado, cardenal Kadziejowski, y el mas poderoso, y el elector de Sajonia, Federico Augusto. Mas este último aprovechándose de la ventaja de las distincias, se presentó en Cracovia antes que la escuadra francesa, mandada por el célebre Juan Bar, que conducía á su rival, hubiese fondeado en el puerto de Dantzic. Acompañado además Federico Augusto por ocho mil hombres de tropas sajonas, y habiendo jurado la carta y abjurado el protestantismo, consiguió hacerse coronar. Al príncipe de Conti no le quedó ya mas arbitrio que hacerse á la vela, lo que realmente efectuó.

TRATADO DE CARLOWITZ.

1699. El advenimiento del nuevo soberano se distinguió por un acontecimiento feliz, porque habiendo resuelto reconquistar á Kamieniec, consiguió Federico Augusto con una sencilla expedicion tan grandes ventajas contra los Turcos, que no le hubiera proporcionado la mas brillante de las victorias. Obligóse la Turquía por el tratado de Carlowitz, á devolver á la Polonia, no solamente á Kamieniec, sino tambien todas las conquistas anteriores, tanto en la Podolia como en la Ucrania. Abandonó igualmente todo el dominio que tenia sobre los Cosacos, prometió poner un freno á las invasiones de los Tártaros, y renunció al tributo que pagaba la Polonia al suitan.

GUERRA CON LA SUECIA.

1701. Este principio tan admi-

nable fué seguido desgraciadamente de una medida impolítica que ocasionó al país funestas desgracias. Era la época de la grande coalicion del Norte contra el héroe sueco, Carlos XII; y en un viaje que hizo Augusto Leopoldo en la época del tratado de Carlowitz, encontró al czar Pedro el Grande que volvía aceleradamente para apaciguar el espíritu turbulento de los estrellizos y contrajo una estrecha amistad con él, que debía ser muy funesta para su país. Sin consultar los estados y bajo el pretexto de apoderarse de las provincias que habia perdido la Polonia en la época de los Wasa, adhirió Federico Augusto sin ninguna restriccion á la liga formada.

Batió por de pronto en Livonia al general sueco Welling y consiguió otras varias ventajas; pero la presencia de Carlos II hizo variar muy pronto el jiro de los acontecimientos. El jóven monarca, despues de haber derrotado á los Moscovitas en Narwa, atravesó el Dzwina, venció á Augusto é invadió la Curlandia y la Livonia. Contestó á los estados polacos quienes representándole aquella guerra como enteramente personal contra Augusto, como elector y no como rey, le suplicaban que evacuase la Polonia y que no embaiñaria su espada hasta no haber destronado á este último. Ya no quedaba otro recurso al rey sino oponer una desesperada resistencia á las pretensiones del vencedor, y fué precisamente lo que hizo, reuniendo á toda prisa un nuevo ejército á los alrededores de Cracovia. Carlos XII, dueño ya de Varsovia, alcanzó á su adversario en Kliszow; y la fortuna le fué propicia en aquel encuentro. Fué batido y derrotado Augusto, despues de un sangriento combate, á pesar de tener á sus órdenes un ejército mas numeroso. Cracovia abrió sus puertas al vencedor, quien persiguiendolosin descanso al vencido, derrotó en Pultusk á una division sajona, se apoderó de Thorn, puso á contribucion á Dantzic, y precipitó con ardor la caída de Federico Augusto.

ELECCION DE ESTANISLAO LESZCZYNSKI.

1704. Creyendo llegado el momento oportuno, levantó la cabeza el partido que se habia opuesto á la eleccion de Augusto; y el turbulento primado Radziejowski, que esperaba colocar en el trono á su protegido Lubomirski, se aprovechó de la ocasion de la derrota de los Sajones para declarar el trono vacante. Pero se equivocó en sus cálculos, porque en lugar de Federico Augusto hizo el monarca sueco elejir á Estanislao Leszczynski, y como el primado trataba de hacerle variar de opinion é inspirarle otra resolucion, contestó Carlos XII á aquel dignitario: *¿Qué tenéis que alegar contra Leszczynski? Señor, es demasiado jóven, se atrevió á replicar el primado. — ¡Si, es poco mas ó menos de mi edad! y Carlos XII le volvió la espalda.*

Pero apenas habia regresado el conquistador al territorio ruso, cuando entraba ya Augusto en Polonia, obligando á Estanislao á buscar un asilo cerca de su protector. Pronto como el rayo corrió Carlos XII á Posen, y obligó á retirarse al famoso general sajón Schulemburg, que desplegando en aquella circunstancia todos sus grandes conocimientos militares, salvó su ejército é hizo decir públicamente al jóven héroe sueco: *¡Schulemburg nos ha vencido hoy!*

Habiendo entrado en Varsovia, fué coronado Estanislao Leszczynski.

ULTIMATUM DE ALT-RANSTADT.

1706. La direccion que tomaron los negocios condujo á Carlos XII al interior de la Sajonia; y viendo Augusto el peligro que corrian sus estados hereditarios, apeló de nuevo á las armas, pero siempre en vano. El general sueco Reinshild batió á Schulemburg, á quien principalmente ocasionaron aquella desgracia las tropas auxiliares que tenia á sus órdenes: siete mil Moscovitas abandonaron el campo de batalla en medio de la accion, desordenando de aquel

modo á los Sajones; además, un rejimiento francés de artillería se pasó al enemigo.

Abandonado continuamente de la fortuna, vióse Augusto precisado á pedir la paz; y á pesar de las duras condiciones que le impusieron, no quedándole ya otro recurso, le fué forzoso admitirlas. Por el tratado que se firmó entregó Federico Augusto á Carlos XII la renuncia al trono de Polonia y el diploma de su eleccion, anuló la alianza con los Moscovitas, escribió á su sucesor Leszczynski una carta autógrafa felicitándole por su advenimiento al trono, y para mayor deshonra suya entregó al enemigo el desgraciado Patkul.

BATALLA DE POLTAVA.

1709. Hasta entónces habia brillado constantemente la victoriosa estrella del héroe sueco, pero se acercaba ya el momento que debía eclipsar aquella resplandeciente luz. Envanecido Carlos XII con sus victorias, resolvió destronar á Pedro el Grande y penetró con esta intencion en Moscovia, al frente de treinta mil hombres. La victoria condujo sus primeros pasos: batió al czar en Holozyń; pero en lugar de dirigirse con velocidad contra Moscou, que estaba en la mayor consternacion, se dejó engañar por las seductoras promesas del ataman cosaco Mazepa, y entró en Ucrania para esperar los refuerzos que le conducía el general Lovenhaupt.

Varió enteramente entónces la fortuna. Lovenhaupt fué derrotado por el czar; Menzykoff se apoderó de las ciudades ocupadas por Mazepa y el rigor del invierno diezmo el ejército sueco. Las mayores desgracias eran incapaces de abatir el alma de bronce de Carlos XII que encontraba nueva energía en medio de los mayores infortunios. Precipitóse Carlos contra Poltava, á la que puso sitio; y el czar voló al socorro de esta plaza con un ejército desesenta mil hombres. A pesar de la desigualdad de las fuerzas, admitió Carlos la batalla, no teniendo bajo sus órdenes ni aun la tercera par-

te de las fuerzas que contaba el enemigo, saliendo herido de gravedad desde el principio de la acción. Fue preciso llevarlo en una camilla. El resultado y consecuencias de aquella jornada son demasiado conocidos: derribaron para siempre el poder de la Suecia y consolidaron el de Moscovia. Carlos XII estuvo á pique de caer en manos del enemigo, y solo la presencia de espíritu de Poniatowski pudo salvarlo. Este oficial, coronel de la guardia de Estanislao Leszczyński, aunque se hallaba sin mando en el ejército sueco, nombrado jeneral en aquella ocasión, reunió quinientos caballos cerca de la persona del rey, á quien obligó á montar á caballo. Reunida esta tropa y animada por la desgracia de su soberano, se abrió paso por medio de diez rejimientos moscovitas, y condujo á Carlos por entre los enemigos por espacio de una legua, hasta que encontraron los bagajes del ejército sueco.

Aquella desgraciada jornada acaeció el ocho de julio de mil setecientos nueve, y los Rusos la celebran todavía como una fiesta nacional.

REGRESO DE AGUSTO II.

1709. La batalla de Poltava cambió igualmente en Polonia el aspecto de los negocios. Protestó Augusto contra el tratado de Alt-Ranstadt, y tomó sus disposiciones para volver á empuñar un cetro que la suerte de las armas le había arrancado. Leszczyński, no hallándose en disposición de contrarestarlo, se retiró á la Pomerania, reuniéndose despues con Carlos XII, siendo su compañero de cautiverio en poder de los Turcos.

Agosto II y el czar tuvieron una entrevista en la que renovaron la coalición contra la Suecia; coalición en la que estos dos soberanos hicieron entrar, además de la Dinamarca, al elector de Brandeburgo que era ya rey de Prusia. Pero habiendo recobrado Carlos XII su libertad, determinó, de regreso á sus estados, emprender una nueva expedición para destronar á Augusto, en el momento que la misteriosa muerte del

monarca sueco vino á anular todos los proyectos que había formado.

La hermana de Carlos XII, Ulrique Eleonor, reconoció, en 1720, á Augusto como rey lejítimo, y renunció á todas las pretensiones anteriores. Aquel tratado fué la causa de la paz jeneral (1732), y puso fin á las disensiones con la Suecia.

CONSECUENCIAS DE LA PERNICIOSA INFLUENCIA DE MOSCOVIA.

Si por una parte los acontecimientos que preceden libraron á la Polonia de la influencia sueca, por otra un dominio mas fatal todavía, el de la Rusia, oprimió al país. Sirviéndose de astucia al principio, limitóse por de pronto á no aparecer sino como mediadora, interponiéndose con mucha maña entre las sangrientas luchas acaecidas entre las tropas polacas y las tropas sajonas, cuya causa protejia el rey contra sus súbditos polacos. Consiguió en efecto el czar apaciguar aquellas disensiones: pero supo tambien hacer promulgar al mismo tiempo una ley en la que se estipulaba que el efectivo del ejército disciplinado no pasaria jamás de veinte y cuatro mil hombres.

La dieta que votó aquella medida tan impolitica mereció el apodo de *dieta muda*, pues que no duró mas que siete horas, y sin que se hiciese la mas mínima oposición. Los nuncios, embriados en sus principios aristocráticos cuya tendencia se dirijia únicamente á debilitar el poder soberano, á fin de poder usurpar los derechos de la corona, no premeditaban en su ceguedad los grandes peligros mucho mas funestos que resultarian un dia, ocasionados por el extranjero: los insensatos que no habían tenido jamás la idea de engrandecerse por medio de conquistas, se creían muy seguros ellos mismos de que los pudiesen conquistar.

La alianza moscovita empezando ya á producir sus efectos, no tarde el czar en aspirar á la sucesión de la Curlandia, y el gabinete de San Petersburgo se mezcló ostensiblemente en todos los negocios de la Polonia.

MUERTE DE AGUSTO II.

1733. Arrebató la muerte á este monarca en el momento en que iba á la dieta de Varsovia. Ocupa Augusto II un lugar distinguido entre los soberanos de mas nombradía; ya habia dado pruebas de ser un gran capitán antes de subir al trono de Polonia. Si sus conocimientos y su urbanidad le merecieron la adoración de sus súbditos Sajones, le granjearon tambien la estimación de los Polacos, que aun en el dia hacen alarde de reconocer en aquel príncipe un valor á toda prueba, que el infortunio no pudo abatir, y una grandeza de alma que hasta sus mismos enemigos han admirado. Carlos XII tenia esta misma opinion, y lo manifestó muy bien cuando despues del degradante ultimatum de Alt-Ranstadt renovó con Augusto la famosa visita de Luis XI en Perona. No faltaron cortesanos que le escitaron á vengarse del destronado monarca y que le aconsejaron aprovecharse de aquel paso tan imprudente; pero Augusto, no menos jeneroso que Francisco I con Carlos V, rechazó aquellas pérdidas insinuaciones.

ESTANISLAO LESZCZYŃSKI.

1733. La dieta de elección que fué convocada recordó la ley decretada cuando murió Sobieski y que excluía á los indijenas de la candidatura del trono. Pero no por eso dejó de ser la elección muy estrepitosa, y la Rusia se aprovechó con mucho ahinco de la ocasión de estender todo su influjo. El jeneral Lascy se acercó á la frontera al frente de una división moscovita, declarando que venia á asegurar la conservación de las franquicias polacas. Este fué en adelante el pretexto que adoptaron los usurpadores, siempre que sus ejércitos invadieron el territorio nacional.

Llegó disfrazado Estanislao Leszczyński á Varsovia en donde fué proclamado rey. Pero el nombramiento del suegro de Luis XV no podia venir á los gabinetes de San Peters-

burgo y de Viena. En los quince dias que siguieron á aquella elección, el ejército ruso, respondiendo al llamamiento del partido de la oposición, ocupó á Praga, arrabal de la capital. En vano el ejército polaco, que apenas se componia de ocho mil combatientes, defendió heroicamente aquel punto: tuvo que retirarse delante del crecido número de sus enemigos. La facción rusa, sostenida por veinte mil bayonetas, y que se componia de unos quince senadores, hizo prevalecer entónces su voluntad sobre la de la totalidad de la nación.

Agosto III, hijo del difunto rey, fué proclamado soberano.

SOCORROS QUE ENVIÓ LA FRANCIA.

La Francia prometió por su parte enviar socorros á Leszczyński, que se habia refugiado á Dantzig; de este modo arreglaban las potencias extranjeras, cada una á su albedrío, los destinos de una nación que se habia vanagloriado hasta entónces de ser la mas libre de Europa.

Pero el gabinete de Versalles se contentó con enviar á Dantzig una miserable escuadra conduciendo apenas dos mil hombres de desembarco.

Reforzado Lascy por el célebre feld-mariscal Munich, sitió aquella plaza y la bombardeó sin descanso. Los Franceses, que por la primera vez habían venido á las manos con los Moscovitas, pelearon valerosamente, y perdieron á su jefe el conde de Plelo. Una escuadra rusa, compuesta de veinte y una velas, llegó para acelerar el desenlace y obligar á que capitulase Dantzig, despues de un sitio de muchos meses. Fué la ciudad tratada tan desapiadadamente, porque el orgulloso Munich, que contaba con la vana esperanza de apoderarse de Estanislao, se vió burlado en sus conjeturas. Habia conseguido aquel príncipe, corriendo mil peligros, ponerse en salvo: el conde de Monti, ministro francés cerca de la corte de Polonia, y todos sus compatriotas fueron conducidos á la cárcel de Cronstadt.

La Francia, fuerza es confesarlo con sentimiento, sufrió sin quejarse aquel ultraje.

AUGUSTO III.

1733-1763.

A las discordias interiores, á las calamidades de la guerra sobrevino por fin una larga paz. Dantzig conquistada reconoció al nuevo soberano; y habiendo cesado la guerra entre la Francia y el Austria, se firmó la paz general, de cuyas resultas fué nombrado Estanislao, duque de Bar y de Lorena, renunciando este al trono de Polonia. Pero aquella calma tan necesaria no era mas que el efecto de la inercia que, enervando el espíritu público, debía concluir desacreditando el país á los ojos del extranjero. Aniquilada la Polonia por tantos desastres, y no pudiendo ya mas, cuando llegase el caso, imponer silencio á la animosidad de los partidos, para poder resistir mejor al comun enemigo, presentábase como una presa fácil de conquistar. Esta fatal idea se arraigó poco á poco, pero de una manera irrevocable, en la política de las naciones limitrofes, y llegó á ser la aguja de marear de los cálculos políticos de sus gabinetes. El largo y desastroso reinado de Augusto III ocasionó este axioma que la *Polonia subsistía por la anarquía*, axioma que se puso en práctica mas adelante con demasiada fidelidad, porque excepto una dieta, ninguna de las siguientes cumplió el término señalado para sus sesiones.

USURPACION DE LA CURLANDIA POR LA RUSIA.

La sucesion del principado de Curlandia sacó momentaneamente á los espíritus del letargo en que yacían. Según el pacto reconocido por Sijismundo Augusto (1561), debía volver la Curlandia bajo el dominio polaco en caso de que el duque Kettler muriese sin dejar descendiente varon. Habiendo llegado este caso,

la czarina Ana recomendó su favorito, el gran chambelan Biron, á los electores, haciendo marchar un ejército para apoyar aquella candidatura. La nobleza curlandesa tuvo la debilidad de obedecer á aquellos terminantes mandatos; y lo único que pudo hacer la Polonia, despues de haber protestado inútilmente, fué salvar las apariencias, admitiendo el ficticio homenaje de Biron. De este modo arrebataron á la Polonia, vacilante sobre sus débiles cimientos, aquel precioso feudo.

Biron, destinado á representar un papel mas importante, gobernó despóticamente la Moscovia como rejeante del czar Ivan III. Pero fuese que su protectora Ana de Mecklenburgo tuviese algunas quejas anteriores que echarle en cara, ó fuese que le diese celos aquella nueva autoridad, consiguió como madre del czar, y gracias á una de aquellas conmociones tan frecuentes en Rusia, despojar á Biron de la rejenca, habiéndolo deportado á la Siberia. Hacíase indispensable una segunda eleccion, é intimaron á los estados de Curlandia que nombrasen, como lo habian hecho la primera vez, al candidato ruso, esto es, á Luis de Brunswick, hermano de la rejeanta.

Estalló en San Petersburgo una nueva revolucion palaciega, de cuyas resultas ocupó el trono Isabel. La rejeanta Ana, su marido y el feld-mariscal Munich, rival del antiguo favorito, lo reemplazaron en Siberia. Pero los estados curlandeses, fuertemente apoyados y sostenidos por Augusto III, consiguieron aquella vez que la silla ducal fuese el apañaje del hijo de Augusto, el príncipe Carlos. El poder de este último concluyó por desgracia con la muerte de Isabel; porque Pedro III, recordando los derechos casi olvidados de Biron, secuestró aquellos dominios. Carlos opuso alguna resistencia; su padre entabló algunas negociaciones, y procuró ganar tiempo; pero habiendo ocupado el trono Catalina y no habiendo producido aquel sucesos ninguna mudanza relativa á este asunto en la política moscovita, fué preciso ceder. No tardó la Rusia mucho

POLONIA.

POLOGNE.



Bajo relieve del Tombeau de Juan Casimiro en la Iglesia de S. Germain des Prés á Paris.

tiempo en ocupar militarmente toda la Curlandia.

USURPACIONES DE LAS POTENCIAS
ESTRANJERAS.

Aunque la Polonia no tomó parte directa en ninguna de las tres guerras que sucesivamente ocurrieron al rededor de su territorio, tuvo sin embargo que sufrir sus consecuencias. En la primera, entre la Rusia y la Puerta, fué violado el territorio polaco por el feld-mariscal Munich, que atravesó la Ucrania. A pesar de un simulacro de reparacion que ofreció el gabinete ruso á consecuencia de las muchas quejas que le habian dirijido, renovóse aquel escándalo en la guerra de sucesion, durante la cual, una division rusa de treinta y cinco mil hombres atravesó el reino para ir á socorrer á María Teresa, volviendo á tomar el mismo camino despues de la paz de Aquisgran. Ya estaba destruido el prestigio debido á los límites del pais, y desde aquel momento el territorio polaco quedó espuesto como una dilata campiña á los ataques y ultrajes de todos sus vecinos.

La guerra de los siete años que abrasó, casi sin escepcion, á toda la Europa, dividió la Polonia en dos campos: encontrábanse en el uno el Austria, la Francia, la Sajonia, la Suecia, la Rusia y la España; en el otro Federico II, rey de Prusia, protegido tan solamente por la Inglaterra. Acumuláronse nuevas humillaciones para la Polonia á las continuas violaciones de su territorio. Federico, vencedor de Augusto, que tomó parte en la lucha como elector de Sajonia, como dueño de Dresde, reclutó su ejército en Polonia y casi en la misma Varsovia. Tambien saqueó las provincias fronterizas, inundándolas de moneda falsa y llevándose el numerario nacional á fin de sacar, volviéndole á fundir, cien veces mas de su valor intrínseco: viéronse arruinados los desgraciados habitantes por aquella vergonzosa operacion.

Si el advenimiento del czar Pedro III puso un término momenta-

neo al paso de las tropas, el tratado secreto celebrado entre la Rusia y la Prusia, y que cimentó mas tarde Catalina II, fué todavía mas desastroso para la Polonia que lo podian ser las usurpaciones materiales. Estas á lo menos eran momentaneas mientras que las intrigas secretas debian durar hasta que produjesen sus mortíferos frutos.

Augusto; humillado y enfermo, fué á pasar una temporada á Sajonia, despues de la paz de Haubertsburgo. La Polonia marchaba á pasos ajigantados hácia su decadencia: la continua disolucion de las dietas ponian nuevas trabas todos los días á la marcha de los negocios del estado, y aun se vió una cosa inaudita hasta entónces, la supresion de los grandes tribunales de Piotrkow. El encarnizamiento de los partidos habia llegado ya al mas alto grado; y entónces, bajo el hipócrita pretesto de asegurar la administracion de justicia, introdujo Catalina un ejército en el pais, y presentándose como la protectora de las libertades nacionales, tuvo la imprudencia de intimar al rey que diese cuenta de sus acciones. Fué ocupada la Lituania militarmente por las tropas de la emperatriz; y la Prusia, imitando aquel ejemplo de arbitrariedad, y bajo pretesto de reclamar los desertores de la guerra de siete años, invadió la Gran-Polonia sufriendo los habitantes toda clase de vejaciones.

Aumentándose cada vez mas y mas la animosidad de los partidos de resultas de todas aquellas calamidades, estaban ya las facciones en el crítico momento de acometerse las unas á las otras. cuando la muerte repentina del soberano hizo tomar otra direccion á los ajitados Polacos.

RETRATO DE AUGUSTO III.

1763. Augusto III murió de un ataque de apoplejía fulminante en Dresde, el día 5 de octubre de 1763. Tenia un carácter pacífico, mas bien indolente, pródigo por vanidad, magnífico por costumbre; sumiso á su confesor, aunque sin relijion, y en cuanto á su esposa no le profesaba

ningun cariño; activo únicamente en la caza; hombre hermoso, pero sin ninguna espresion en su fisonomía.

OPINIONES MONARQUICAS INTRODUCIDAS EN POLONIA.

Muchos Polacos habian acompañado á Francia á Estanislao Leszczyński; fueron otros á visitarlo á Lorena, en donde por sus desvelos recibian muchos compatriotas una esmerada educacion. Todos al regresar á su pais llevaban ideas y opiniones muy distintas de las de aquella época. En Francia como en Polonia habian visto un rey; pero la soberanía en Polonia era vitalicia, y sus atribuciones estaban limitadas á un círculo muy estrecho, al paso que en Francia era hereditaria y absoluta. No habia en Francia dietas mal intencionadas, y todas las dignidades emanaban de la corona. El monarca francés estaba rodeado de ministros, de pares, de mariscales, todos dispuestos á sacrificarse en su servicio con la esperanza de ser recompensados con títulos, condecoraciones y otras dignidades. Distaba mucho que sucediese otro tanto en Polonia, á pesar de que Augusto II, importunado por Carlos III, restableció la órden del Aguila Blanca, que se conservó despues sin ninguna oposicion. Propagáronse en consecuencia poco á poco y con total libertad las opiniones francesas entre los nacionales polacos, porque la nobleza, paralizada en parte por la influencia de la civilizacion, no opuso ningun obstáculo: parecia que ya no conocia la republica, ni sus verdaderas necesidades.

REPARTO DE LA POLONIA.

1773 - 4793 - 1795.

Ya llegamos á la época mas interesante de la historia polaca, al reinado de Estanislao Augusto Poniatowski, en el que se verificó el triple desastre del pais. Mas libre en sus maneras que nosotros, uno de nuestros compañeros de redaccion, cuyo trabajo ha precedido al nuestro en esta

publicacion, ha presentado muy detalladamente, en el artículo **RUSIA**, el cuadro de una catástrofe en la que tuvo aquella potencia una gran parte. Por consiguiente, y á fin de evitar toda repeticion, no omitiendosin embargo ninguno de los principales hechos que nos han comunicado personas bien instruidas, que no podria un extranjero adquirir y apreciar como un Polaco, seguiremos en nuestro reducido cuadro las indicaciones de una obra, que puede considerarse como una verdadera obra maestra bajo el aspecto de la parcialidad y de la concision.

JEFES DE LOS PARTIDOS.

En el momento en que la suerte de la Polonia iba á decidirse otra vez por la eleccion de otro monarca, la fatalidad, que presidia á los destinos de aquel pais, quiso que los Polacos se dividiesen en aquella crisis en dos grandes partidos.

Titulábase el primero partido republicano, contaba entre sus notabilidades varios Potochi, al anciano ketman Branicki, y al príncipe Carlos Estanislao Radziwill palatino de Vilna. Este último jefe, poseedor de una fortuna inmensa, dotado de gran valor y muy fogoso, carecia enteramente de toda educacion, y recordaba continuamente por las bizarrerías montaraces de su vida, aquellos tiempos en que la fuerza corporal era la principal prerogativa. El partido republicano exijia el *statu quo* en las instituciones del estado y rechazaba toda intervencion extranjera.

Estaba dirigido el segundo partido por los Czartoryski y Poniatowski. El mariscal Augusto Czartoryski, que habia llegado á poseer una riqueza inmensa, por su casamiento, conservaba en todo dignidad y moderacion; poco avaro de consejos, nada le importaba que los siguiesen y ejecutasen, y parecia haber olvidado, á lo menos en apariencia, todo proyecto ambicioso. El verdadero jefe de este segundo partido era sin embargo el hermano de Augusto, Miguel Czartoryski, gran canceller